

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN CASTROS DE LA RIA DE VILLAVICIOSA: APUNTES PARA UNA SISTEMATIZACION DE LA EDAD DEL HIERRO

Jorge Camino Mayor

APORTACIONES DE LAS EXCAVACIONES

Entre los años 1991 y 1994 se llevaron a cabo cuatro campañas de excavación más en castros de la ría de Villaviciosa, tres de ellas en El Picu Castiellu de Moriyón, perteneciente a la parroquia de Miravalles, y la restante en El Castillo de Camoca. Todas se enmarcan en un proceso de documentación relativamente extensiva de ambos poblados. Para los aspectos metodológicos de la investigación, los antecedentes históricos y los resultados de las campañas anteriores ha de remitirse todavía al artículo contenido en el número dos de esta colección (Camino, 1992).

El Picu Castiellu

Varias causas impelieron a concentrar los trabajos en la mitad oeste de la terraza meridional del recinto, entre otras la obstrucción de la Sra. M^a Manuela Alonso Hevia a la continuación de aquéllos en la parcela de su propiedad que integra la parte oriental. No obstante, se acompañaron de varios sondeos en distintas zonas exteriores e interiores y de un corte estratigráfico en lo que demostró ser la terraza septentrional del recinto.

A partir de los sectores excavados, es posible discernir tres fases sucesivas de ocupación del poblado, no sólo por hacer alusión a otros tantos pisos de uso, sino por representar una evolución cronológica de entidad, contener variaciones significativas en el repertorio material y, sobre manera, por su desigual contextualización con la muralla. De este modo, a los dos episodios que ya se habían establecido, uno previo a esa construcción defensiva y otro coetáneo a ella, se puede agregar un tercero, sólo insinuado en la memoria precedente, que se corresponde con inequívocos síntomas de abandono de la muralla. El relato de las aportaciones de la excavación se atenderá a esa triple compartimentación de raíz histórico-estratigráfica.

Primera fase de ocupación

Los niveles que se extienden por debajo de la muralla en el sector oriental de la terraza sur se extinguen en el tramo occidental, ya que las capas de nivelación que aparecen sobre el roquedo se adosan mayoritariamente a la muralla, bien a su lienzo interno, bien al externo, y deparan una menor cantidad de materiales. Además, el relleno de la muralla, que suele contener restos presumiblemente atribuibles a esta fase, se excavó sólo en pequeñas franjas. Únicamente en el extremo occidental aparece un nivel infrayacente a la muralla, seguramente debido a una tonga niveladora, que contenía fragmentos cerámicos.

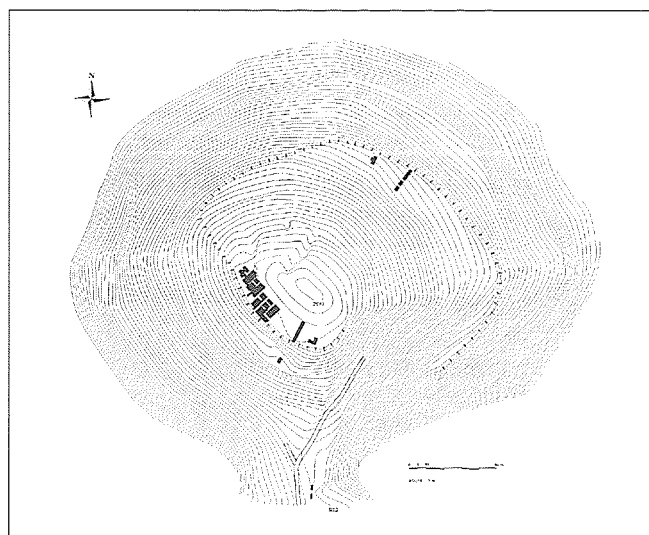


Fig. 1.—Topografía de la parte alta del cerro en que se asienta El Picu Castiellu de Moriyón. Se marcan los sectores excavados y, con flechas, el probable recorrido de la muralla.

En la terraza septentrional, tanto el sondeo como el corte estratigráfico no mostraron ningún horizonte previo a la fundación de la muralla.

Segunda fase de ocupación

Compete a la totalidad del asentamiento, tal como de momento se conoce, en una unidad estructural que integra la muralla, edificaciones domésticas e importantes tareas de acondicionamiento del terreno.

La muralla responde a la factura, ya descrita, de dos paramentos de hiladas tabulares, canteadas al exterior, con un relleno intermedio que puede variar en su composición. Así, en una de las zonas se apreciaron hasta cuatro capas de material diverso —ripio, bloques pétreos, arcilla compacta, tierra— que se apoyaban en el lienzo externo, en tanto el interno, para ganar altura, se disponía sobre ellas. Mayor trascendencia revisten otros aspectos. En primer lugar, es preciso aludir al muro interior que se interpone entre los anteriores, según se vio en un sector parcialmente excavado en el año 90 y acontece de nuevo en el corte de la terraza septentrional. En contra de la opinión que se tenía entonces en favor de la corrección de un fallo de obra, sólidas inducciones estratigráficas y constructivas avalan su correspondencia con un paseo de ronda adosado a la muralla, lo que provocaría determinados engrosamientos de la obra que pudieran relacionarse con la práctica del

acceso, determinado aquí por la escalera empotrada en el sector sur y los enlosados de aproximación.

Donde sí se reconoce una rectificación de obra es en la pared externa de ese mismo tramo. En un punto, la zapa de grandes bloques que sirve de basamento y el arranque del muro se disocian de la posterior fábrica, que se orienta más hacia el interior del recinto. Es factible que la proximidad al cambio de pendiente del trazado inicial provocase un extraplomo o simplemente comprometiese la orientación inicial. El lugar de corrección quedó registrado en el muro mediante una fisura de contacto que hace sospechar un desmoronamiento de cierta entidad. Además, los rellenos inferiores fueron cerrados con un murete de bloques ciclópeos que discurre bajo la muralla y paralelo a ella. Seguramente se trata de un zuncho destinado a contener los empujes laterales y transversales que el espacio de ocupación pudiera transmitir hacia el paramento externo de la muralla, sobre el que recaía aquí el peso de toda la terraza. Es precisamente a raíz de esa modificación cuando la muralla ofrece una articulación en módulos o cubos independientes, expresados por el segmento que comienza en la fractura y cierra sobre sí apenas cinco metros más allá, enlazando con otro a continuación. Si había dado la impresión, al menos en dos ocasiones, de que la muralla pudiera componerse por el sistema de módulos —una en la forma del cierre del extremo oriental de la terraza y otra, casi ilegible por el arrasamiento, en la parte media—, después de aquellas compartimentaciones se exhumó un recorrido de una veintena de metros de muro seguido sin interrupciones.

Los trabajos en el sector septentrional permitieron, por su parte, desvelar el itinerario que ha de seguir la muralla, la cual coincide con otro aterrazamiento uniforme que rodea el cerro por los lados oeste, norte y parte del oriental. Ese trayecto es siempre descendente desde el sur, de modo que entre los ángulos SE. y NE. hay una pérdida de 36 metros de cota. El fuerte desnivel que separa ambos extremos y la incidencia de la erosión no dejan evidencia de cómo pudiera efectuarse la unión por el frente oriental. Hasta ahí alcanza unos 400 metros de longitud y, de cerrar ese lado, se prolongaría casi 100 metros más. Varias circunstancias coinciden en avalar que la construcción de la muralla avanzó en la cara meridional de este a oeste, dirección que probablemente se mantuvo en el resto del trazado.

Tras la muralla se encuentra propiamente la franja aplanada que ciñe casi enteramente el montículo y que no es resultado del enrasamiento postdeposicional. En varios puntos del sector meridional el substrato rocoso aparece laminado o cortado en escalones luego sellados por capas

de nivelación. Dado que la naturaleza de aquél es la misma que la de la piedra empleada en la muralla, es razonable suponer que, además de preparar el terreno, aquellas entalladuras proveyesen de la materia prima necesaria para su edificación.

Otra forma de conseguir la horizontalidad de esa terraza fue mediante bancales de piedra paralelos a la muralla que contenían vertidos de nivelación. Así, junto al ya conocido en el lado oriental de la terraza sur, el corte del lado norte mostró otro, cuya elevación propició la generación de un callejón entre él y la muralla que, por sus dimensiones —dos metros de anchura y más de uno de profundidad—, podía ser practicable.

Las edificaciones domésticas, de las que se han constatado vestigios de cinco, se ubicaban aisladas en la terraza así preparada y paralelas o, mejor, oblicuas a la muralla, de la que apenas se separaban en varios casos. Sin embargo, tanto por su precaria conservación como por su excavación parcial, de ninguna se obtuvo una información completa. La más satisfactoria se refiere a la construcción número dos; cabaña, según se comentaba en el artículo anterior, compuesta por un zócalo de piedra soportante de un entramado de madera que estaba revestido de barro y poseía una compartimentación interna. Su excavación, a no ser en dos testigos en cruz, se completó ahora y evidenció una planta oval, un hogar centrado, pero próximo a la pared meridional, y la solera de un cierre de un metro cuadrado de superficie que por el alto contenido de semillas de cereal hubo de servir de granero. De su extremo occidental parte perpendicular el basamento de una pared que en unión al roquedo aflorante debió de configurar un pequeño espacio anexo.

En el resto de los casos, los datos recuperados son mucho más parcos, aunque coinciden en reafirmar las plantas ovales, o al menos curvilíneas, y su composición de madera y barro. Entre ellas merece la pena destacar la número tres, situada al oeste de la anterior, debido a la singularidad de sus restos: una silueta de suelo que delinea parte de la planta, en la que se insertan pequeños hoyos de poste y una pared de vigas verticales y tablas horizontales aparentemente ligada a un manteado de barro, habiendo sufrido ambos los efectos de una calcinación. En cambio, la número cuatro, emplazada en el extremo occidental de esa terraza y que quizá fuese de planta circular, y la número cinco, situada en la plataforma septentrional, contaban de nuevo con un zócalo pétreo.

De esta etapa procede el mayor número de hallazgos del yacimiento. Aunque persisten las cerámicas de pastas porosas y las cocciones reductoras, hay mayor variedad y calidad, sobre todo, al aumentar la participación de pastas

arenosas, hacerse las paredes más delgadas y mejorar los acabados. Las decoraciones, siempre escasas, son fundamentalmente incisas —triángulos dobles y sencillos en ocasiones rellenos de líneas paralelas, acanaladuras estrechas verticales, retículas, EEE, líneas y retículas bruñidas— y, en menor medida, impresas —ungulaciones de diverso tipo—, plásticas —mamelones, imitaciones de clavos— y pintadas. Estas técnicas suelen combinarse entre sí formando bandas. Los objetos de bronce fueron abundantes —fíbulas de torrecilla, simétricas de torrecillas y simétricas de cabezas estilizadas, agujas de coser, pendiente, botones, enganches en S, punzones, guarda de puñal, caldero con remaches, etc.—. Destacan, sobre todo, las piezas de hierro —hachas, hoces, alcotana o azuela, regatón, contera, grapas, etc.—. En relación con la metalurgia de ambos metales se recogieron abundantes escorias. De piedra son varias fusayolas, afiladeras y molinos de vaivén. Se recopiló un buen número de semillas —cereales, leguminosas y bellotas (su estudio es realizado por el Dr. Tomás Díaz)— y restos óseos (en proceso de determinación por los Drs. J. A. Pis y C. Nores). Finalmente, mencionaremos un pendiente áureo diseñado en creciente lunar.

Tercera fase de ocupación

A diferencia de la precedente, esta fase no aparece en la totalidad de la zona excavada y, lejos de la uniformidad, está definida por diversos niveles y construcciones que tienen en común su asociación con síntomas inequívocos de descuido de la muralla. La interrelación de estos niveles es mucho más dificultosa, de ahí que nos limitemos a efectuar un mero relato.

En primer lugar, ha de aludirse a la pequeña estructura, contigua por el lado oriental a la construcción número dos, que, como en su día se noticiaba, se disponía sobre la cola del derrumbe interno de la muralla y contaba con los característicos sillarejos que sólo son propios de ésta. Ahora, la prosecución de la excavación demostró que se trataba de un cierre contra el roquedo que tuvo como fin el almacenamiento de bellotas —*cuerria* o *corra* en términos del país—. Pese a su fundación a una altura superior a la de la cabaña, la coetaneidad de ambas fue certificada por el recostamiento del derrumbe de ésta hacia aquella.

Una de las manifestaciones más elocuentes de este episodio final fue el levantamiento de una nueva construcción coincidente con el espacio que ocupaba la número tres. Aunque los signos de abandono de la muralla son menos consistentes, ha de consignarse, como posible indicio de su inutilización, que dicha estructura debió de adosar-

se al lienzo interno de ella, según insinúa el desplome de una pared medianera de dirección perpendicular. Esta construcción, según denuncian varios fragmentos de crisol y un buen número de gotas de bronce, fue centro de un taller metalúrgico.

Un testimonio residual de lo que hubo de ser ese postrero episodio lo integra el desecho, entre los escombros de la cabaña número dos, de significativos materiales: un fragmento de *catillus*, varios de *TSH* y un plato de imitación rojo pompeyano.

También en el sector septentrional se distinguen pruebas de esta fase. Así, un nivel de cenizas con diversos materiales, entre otros *TSH*, recubre hacia la cabecera del lienzo interno de la muralla —tal vez el paseo de ronda— un grueso paquete con materiales pertenecientes a la segunda ocupación. Además, el callejón que separaba la muralla del bançal, cuando éste ya estaba desplomándose, fue cegado de manera intencionada con una masa de piedras, dando tiempo a que todavía sobre ella se dispusiese un nivel de arrastre con abundantes hallazgos.

En conexión con las evidencias estratigráficas de esta fase proceden todos los molinos giratorios encontrados y dos hebillas anulares del tipo B 1 de Fowler.

Excavaciones en El Castillo

Después de varios años de trabajo en El Picu Castiellu en los que se alcanzó un nivel de información mínimamente satisfactorio, se ha retomado la investigación en este otro poblado por cuanto la documentación disponible resultaba a todas luces incompleta. Dentro de la regularizada terraza oval que conforma el perímetro del yacimiento, la excavación se centró en la zona suroccidental, donde en campañas precedentes se habían localizado varios agujeros de poste y el hogar de una cabaza, y se cortó el talud de cinco metros que rodea el poblado.

La cabaña reveló una planta oval a partir de un contorno muy deslabazado de piedras menudas. El hallazgo de algunas placas de barro con improntas de entramado de ramas confirma la composición de las paredes con material perecedero. En el exterior, junto a ella, se conservaban signos de un foco de combustión y a su lado dos hoyos de poste calzados con piedras, quizá en relación con un bastidor. Asimismo, el piso de ocupación fue hoyado al pie de la muralla por unas cubetas anchas y superficiales que aparecen repletas de cenizas y algunos cantos, huesos y cerámicas, debiendo, por tanto, interpretarse como pequeños cenizales de cocina.

Por su parte, la disección del talud reafirmó su elevación a base de diversos rellenos, de los que uno de piedras

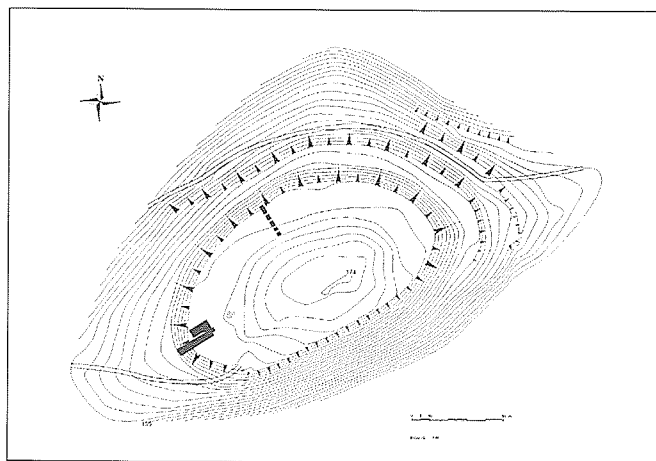


Fig. 2.—Topografía de la parte alta del cerro que sirve de emplazamiento al Castillo de Camoca. Se indican las zonas excavadas y los taludes defensivos.

muy masivo adquiere el perfil de parapeto que ya se conocía en otro sector del castro. La sorpresa, aquí, fue comprobar que en su cara interna se acostaron dos capas que prosiguen bajo el nivel de ocupación excavado, deparando una de ellas hallazgos materiales. Sobre ambas y, de ese modo, por encima del parapeto, se levantó una muralla de tosco paramento interno y un relleno intermedio de ripio, que debía de alcanzar una anchura próxima a los cuatro metros. Sin embargo, el paramento externo y la casi totalidad del relleno han desaparecido bajo los efectos de la erosión de ladera. Queda, por ello, pendiente la determinación de ocupaciones más antiguas que la actualmente documentada, si es que no obedecen a etapas sucesivas inherentes a la construcción del talud.

El bagaje de hallazgos está representado por cerámicas muy toscas y porosas, decoradas ocasionalmente con espatulados en espiga u oblicuos y anchas acanaladuras. Con excepción de una larga varilla de hierro, el repertorio metálico, siempre fracturado o inservible, es de bronce, debiendo consignarse una hoz con nervaduras, multitud de remaches cónicos o piramidales, un anillo, un probable segmento de brazalete. Diversos vestigios líticos —lascas, cantos, afiladeras, percutores, etc.— completan el equipamiento instrumental localizado. Además se recuperaron semillas de trigo y un variado elenco óseo perteneciente a cabra u oveja, vaca, caballo y jabalí en lo que de momento se ha podido concretar.

ANÁLISIS DE CONJUNTO

Las excavaciones realizadas en varios castros del ámbito de la ría de Villaviciosa, y más específicamente en los de Moriyón y Camoca, poseen la virtualidad de deparar la primera síntesis de la Edad del Hierro para una determinada comarca de la región asturiana. Especialmente, dada su afinidad cultural, es ahora el momento de reaprovechar los datos procedentes de las antiguas excavaciones en el cercano castro de Caravia, en lo que va de siglo excepcional ejemplo de ese periodo en la región. También, sin salir del escenario de la ría y a pesar de circunscribirse a sondeos, es posible agregar el castro de La Corolla, no exento en cualquier caso de diversas valoraciones. Asimismo, por lo que se ha publicado y me mostraron sus investigadores, J. L. Maya y F. Cuesta, la fase antigua de la Campa Torres responde a un horizonte, muy similar, si no idéntico.

En las páginas que siguen se tratará de condensar los rasgos esenciales que informan de esta cultura, avanzar las posibles relaciones entre sí y con áreas limítrofes y, por último, esbozar su marco cronológico.

El modelo de poblamiento

Comenzando por las características de los asentamientos y su arquitectura, llama la atención el predominio de la ocupación de emplazamientos de altura, no tanto en valores absolutos, puesto que ninguno llega a los 400 metros sobre el nivel del mar, cuanto por su elevación respecto al terreno colindante y su aislamiento mediante pendientes de consideración en todo su perímetro. Así lo reflejan, en especial, las ubicaciones en cerros de los castros de Caravia, Moriyón y Camoca, los dos primeros instalados en medios topográficos iguales. Ese hecho también concurre, aunque uno de sus lados sea de un desnivel sensiblemente menor, en La Corolla y Campa Torres. Este último, inmerso en la particular orografía del confín litoral, destaca en un saliente marino sobre las cubetas de Gijón y Aboño.

Las construcciones defensivas parecen un elemento determinante en la configuración del poblado, al menos en los asentamientos de altura —Caravia, Moriyón y Camoca— y probablemente también en la Campa, delatando una relativa complejidad. Ya el caso más antiguo de Camoca muestra un multivallado de hasta tres taludes consecutivos conseguidos con la movilización de ingentes rellenos, cumbreándose el último, según qué sector, por una burda muralla o una empalizada. La erección de las murallas de Caravia y Moriyón responde a principios más ela-

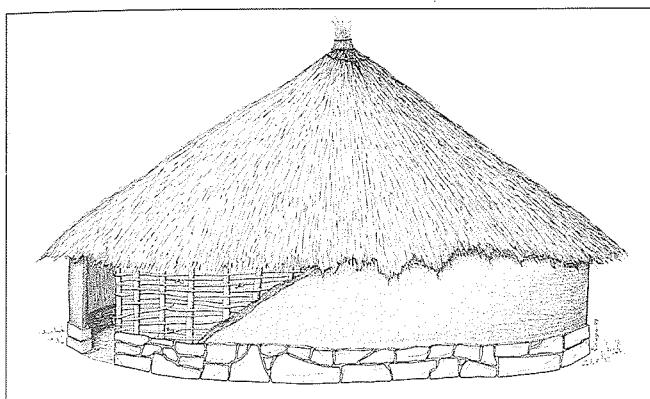


Fig. 3.—Recreación del alzado de la cabaña número 2 del castro de Moriyón, realizada para el Aula Didáctica de Coaña. Dibujo de Yolanda Viniegra Pacheco.

borados, reconociéndose en el segundo el canteado de los lienzos, escaleras de acceso, paseos de ronda y, pese a que la circunstancia mejor documentada corresponde a la corrección de un fallo de obra, su compartimentación en módulos. Este mismo esquema, todavía más complejo, se repite en la Campa (Maya, 1989; Maya y Cuesta, 1992). No obstante, la información obtenida en la zona de la muralla ha sido puesta enteramente en entredicho por haberse practicado una excavación con metodología supuestamente prewheeleriana (Carrocera, 1994). En esta tesitura la presencia de un profundo foso por delante, hecho excepcional entre los castros prerromanos conocidos en la región, y la potencia de la ocupación romana poco contribuyen al análisis del sistema defensivo mientras, en buena lógica, no sea presentado en la forma conveniente. Por contra, en el estado que actualmente detenta, no puede asegurarse que el asentamiento de La Corolla, integrado por un aterrazamiento que rodea la cumbre de un espolón, disponga propiamente de alguna obra defensiva.

Los espacios de ocupación de estos castros, excepción hecha de la Campa Torres cuyo emplazamiento es de otra tipología, obedecen a un patrón muy uniforme. En todos, a continuación del último cierre defensivo, se preparó, por medio de desmontes del terreno y, sobre todo, de rellenos de nivelación, una estrecha terraza que circunvala la cumbre del emplazamiento. Como se atestiguó en Camoca, Moriyón y, en su día, en Caravia, el peso de ese terreno y de las construcciones que albergaba recaía hacia la línea defensiva, la cual actúa, así, de contrafuerte. En ocasiones, como en la segunda fase de Moriyón, la terraza descansa sobre bancales paralelos a la muralla, que segu-

ramente contribuirán al aislamiento de las aguas superficiales.

Esa plataforma acoge siempre las construcciones domésticas, cuyos vestigios, palmariamente coincidentes en Camoca y Moriyón, reiteran su composición con vigas de madera, encastradas o no en un zócalo de piedra, en torno a las que se urdía un panel de entretejido de ramas que luego era cargado con un grueso mantado de barro. En Moriyón algunas de las paredes fueron enjalbegadas con una decantación arcillosa de tono blanquecino debido a la insolación, siendo en origen quizá anaranjado o amarillento (Informe mineralógico de M^a Jesús Galván, CSIC). Este modelo de construcciones impone cubiertas de materia vegetal. Ha de subrayarse que las mejor documentadas, tanto en Camoca como en Moriyón, delatan una planta oval sujeta a compartimentaciones. Del resto sólo puede asegurarse una traza curvilínea. En la Campa se propugnan para el periodo prerromano viviendas circulares (Maya y Cuesta, 1995). En este ambiente no dejan de extrañar un tanto las viviendas rectangulares que habrían aparecido en Caravia (De Llano, 1919). Sin pretender negar esa eventualidad, a partir de varias experiencias de Moriyón no debe descartarse la posibilidad de que los pavimentos rectangulares pertenecieran a planchas de paramentos derrumbados y, quizá, previamente incendiados. En todos los casos de Villaviciosa estas viviendas, que contaban a veces con cierres anexos, respetan su naturaleza exenta y adquieren una orientación oblicua a la muralla, de la que en ocasiones apenas están separadas.

Los diversos sondeos practicados en la parte nuclear de los recintos, la que incumbe a la cumbre de los cerros, de La Corolla, Camoca y Moriyón concuerdan con su esterilidad para inferir la carencia de construcciones de habitación. Lo mismo ocurre con la loma inicial de la Campa (Maya, 1986), y no cabe concluir otra cosa del lapiaz que llena el centro del castro de Caravia, aunque ése pudo evolucionar en parte con posterioridad a su habitación. Sin embargo, mientras no se cuente con una información más extensa no conviene plantear taxativamente esta cuestión, máxime si se consideran los efectos de arrastre a que pudo conducir la erosión.

El ámbito cultural

Uno de los aspectos más trascendentes de la investigación deriva de la circunstancia de poder establecer una cronoestratigrafía comparada entre los castros de Camoca y Moriyón que parece abarcar globalmente la Edad del Hierro. A partir de la ordenación de unos depósitos estratificados escasamente perturbados, de los cambios regis-

trados en la cultura material y de la computación de varias fechas C_{14} , en cualquier caso no liberadas de algunos comportamientos anómalos, aparte de su intrínseca relatividad, resulta consecuente distinguir en el entorno de la ría de Villaviciosa una Edad del Hierro Inicial y otra Reciente, siendo plausible su extrapolación a la zona centro-oriental de Asturias. Esta terminología, aplicada en otras regiones con una problemática similar, se hace en estos momentos más adecuada debido a que las connotaciones inmanentes a la de uso habitual no se adaptan al particularismo regional.

La Edad del Hierro Inicial está representada por el poblado de Camoca y por la primera fase de Moriyón. Las cerámicas predominantes, exclusivas en el primero, son muy porosas y quebradizas, provistas de desgrasantes vegetales y, posiblemente, calcíticos. Las decoraciones son pocas y se circunscriben a espatulados en grandes espigas u oblicuos, improntas de muelles y anchos acanalados. La metalistería de bronce es abundante y sus productos encajan en los repertorios del Bronce Final —hoz con nervaduras de tipo Castropol, remaches cónicos, cuenta bitroncocónica, anillo, brazalet—, mientras los objetos de hierro son escasísimos. La tosca muralla y los taludes de Camoca pudieran equipararse hipotéticamente, ya que en la primera fase de Moriyón no se verificó ninguna fortificación, con los taludes y muralla poco cuidada del vecino Picu'l Castu. La presencia en Moriyón de algunos materiales más evolucionados —pastas cerámicas mejores y decoraciones incisas semejantes a las de Caravia— que se amortizan en niveles de relleno relacionados con la construcción de la muralla, admiten como interpretación su pertenencia al último momento de esa etapa, previsiblemente ya de transición a la siguiente. Probablemente La Corolla se encuadre también en este episodio aureoral.

La Edad del Hierro Reciente viene indicada por la profunda reforma urbanística que tuvo lugar durante la segunda fase de ocupación de Moriyón, a la que se liga la construcción de la muralla. Ella misma, bancales y zócalos testimonian la mayor utilización y trabajo de la piedra, aun cuando las edificaciones domésticas son casi íntegramente de materiales perecederos. Pese a persistir las producciones porosas, la cerámica adquiere mayor calidad —se reduce el grado de porosidad, las pastas arenosas incrementan su cuantía, mejoran las cocciones y aparece el torno— y más variedad de decoraciones, pero basadas siempre en la técnica incisa y, en menor medida, impresa. Los objetos de bronce siguen siendo cuantiosos, predominando las fibulas que suelen incluirse dentro del tipo La Tène y las hebillas anulares en omega, al lado de otras

piezas más tradicionales como calderos remachados. Pero, seguramente, la novedad más substancial es la proliferación de un amplio repertorio de instrumentos de hierro relacionados con múltiples actividades —hoces, hachas,

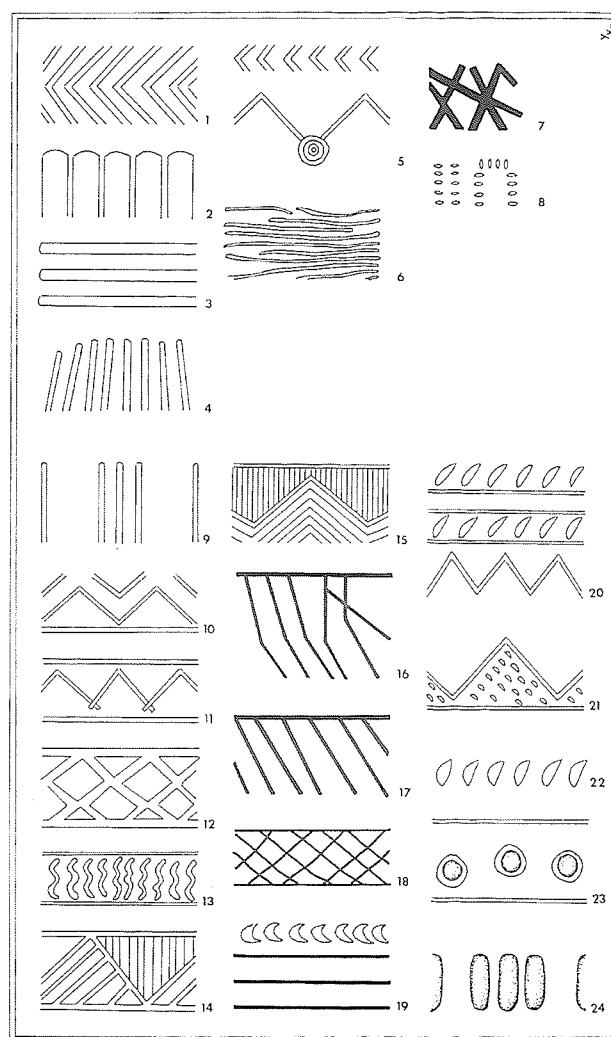


Fig. 4.—Plantilla de los temas decorativos de las cerámicas de Moriyón.

1.^a fase: 1, 5 y 6, incisiones; 2 a 4, acanaladuras; 7, bruñido; 8, impresión.

2.^a fase: 9, acanaladuras; 10 a 15, incisiones; 16 a 19, bruñidos; 19 a 22, ungulaciones combinadas con incisiones; 23 y 24, en relieve.

Dibujo de Yolanda Viniegra Pacheco.

puñales, lanzas, regatones, alcotanas, azuelas, etc.—. A esta etapa parece corresponder la mayor parte de los materiales procedentes de Caravia y, a lo que parece, lo esencial del tramo prerromano de la Campa. En su final, la Edad del Hierro Reciente coincidió con la introducción de productos típicamente romanos.

Así pues, el establecimiento de esta secuencia refleja un decurso progresivo plasmado en el conjunto de la cultura material: trabajo de la piedra y mayor empleo en la construcción, diversificación en la tecnología y acabado de la cerámica y, sobre todo, incremento y difusión de los utensilios de hierro.

Salvando las peculiaridades locales y la diferenciación derivada de ese proceso evolutivo, el conjunto de los yacimientos exhibe una cultura sensiblemente uniforme que se concreta en los numerosos entrecruzamientos comparativos a que es susceptible una gran parte de sus elementos. Hasta ahora, los intentos de filiación, basados exclusivamente en un conocimiento parcial de cada yacimiento o tan sólo de algunos de sus materiales, llevaron a la inclusión en otras corrientes culturales ya definidas en zonas geográficas colindantes. De este modo, Caravia se viene insertando entre la cultura cántabra (Jordá, 1977) y, últimamente, la fase antigua de la Campa Torres se conecta al horizonte de El Soto de Medinilla (Maya, 1989). Los poblados de Villaviciosa han de obligar a matizar dichas apreciaciones, fruto en unos casos del estado de conocimiento, pero en otros de una excesiva precipitación.

Aunque las concomitancias exteriores de una gran cantidad de objetos es evidente, recayendo hacia la Meseta oriental, pero también hacia la occidental y el grupo gallego, Camoca y la fase inicial de Moriyón hunden sus raíces hacia una ligazón con el Bronce Final —corroborada por la hoz de tipo Castropol— en el que el aire atlántico (Coffyn, Gómez y Mohen, 1981) es complementado por el “peso de lo local” (De Blas, 1983). La rusticidad de la cerámica y su decoración a base de espatulados en espiga u oblicuos y acanaladuras pueden rastrearse en el oscuro substrato local insinuado por el “mundo de las cuevas” (Fernández, 1923; Martínez Santa-Olalla, 1930; Arias, 1991), sin necesidad de acudir en el caso de las segundas a la repercusión de los Campos de Urnas Tardíos, que tampoco es una opción repudiable. Marcas de muelles se encuentran en los extremos de la franja septentrional peninsular en sitios tan carismáticos como el pontevedrés de Penalba (Álvarez, 1986) y los alaveses de Peñas de Oro (Ugartetchea y otros, 1966) y Henayo (Llanos y otros, 1975).

Desde su comienzo, o quizá desde un momento ligeramente anterior de transición, la Edad del Hierro Reciente, sin romper con la herencia anterior, sugiere en muchos de

sus componentes paralelos con la Meseta septentrional. En primer lugar, es preciso destacar cómo se reafirma la conexión con el grupo cultural de Miraveche-Monte Bernorio, potente foco metalúrgico que desde las actuales provincias de Palencia y Burgos irradió su influencia a otras zonas de la Meseta. En ese parentesco, el puñal, los tahalíes y las fíbulas de pie vuelto de Caravia son ahora acompañados por otros tahalíes y fíbulas de la Campa (Maya, 1989; Maya y Cuesta, 1992). Los temas decorativos, basados en triángulos rayados, cortas incisiones oblicuas, acanaladuras estrechas, mamelones e imitaciones de clavos, que caracterizan a las cerámicas de Caravia y Moriyón son propias de ese mismo ambiente (Abásolo y Ruiz, 1979; Osaba, 1974). Pese a su probable modernidad, la fibula simétrica de botones de la Campa (Maya y Cuesta, 1992) tiene su exacto correlato burgalés (Monteverde, 1969). La fibula Golfo de León de Moriyón puede, en cambio, recabar ecos más amplios dentro de la Meseta.

Por su parte, las fíbulas de torrecilla lateral de Caravia y Moriyón, la simétrica de torrecillas de Moriyón, las simétricas estilo La Tène de Moriyón y la Campa y, finalmente, las de caballito de Caravia y la Campa son las que se reputan como genuinas de la órbita celtibérica (Martín Valls, 1988), pues alcanzan enorme expansión por la Meseta e, incluso, llegan algunos modelos al área del noroeste. Son también coincidentes con ese espacio los pendientes en creciente lunar (Raddatz, 1969) y las hebillas anulares (Sáenz de Urturi, 1987) de Caravia y Moriyón. Es altamente elocuente, en este sentido, que la generalización de los útiles de hierro y de un mismo repertorio, constatable en Caravia y en la segunda fase de Moriyón, es pareja a lo que ocurre durante el periodo celtibérico en núcleos como Numancia, Izana, Langa de Duero, etc. No es casual que en el castro cántabro de Celada Marlanges se conjuguen materiales muy semejantes a los de aquí con algunos ingredientes celtibéricos, caso de cerámicas y monedas (García Guinea y Rincón, 1970).

Sin embargo, pendientes de correlacionar con ese mundo la llegada de otros avances técnicos como el torno de alfarero y los molinos giratorios, no parece que lo celtibérico haya avanzado más, subrayando estos poblados el mismo apartamiento respecto a dicha corriente que ya señalan los castros de serranía del norte de la Meseta.

Por contra, una distribución occidental tienen los temas bruñidos de Moriyón y las incisiones en retícula de ese mismo y Caravia. Ambos se documentan bajo fórmulas distintas en ciertos castros del noroeste de Zamora —Sejas, Arrabalde, etc.— (Esparza, 1986), en La Corona de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985), en Torroso (Peña, 1993) y el círculo gallego. Muy difusa

es la presencia del estilo Cogotas II, mucho más nítido al igual que lo celtibérico en Celada Marlantes, limitándose a los estampillados de círculos concéntricos de Caravia y Moriyón, por cuanto algún peinado de Moriyón obedece a una resonancia muy lejana y los motivos en EEE o serpentiformes del mismo yacimiento son incisos y no impresos.

Más inconvenientes suscitan las piezas de Moriyón pintadas en rojo que, en ocasiones, complementan ornatos incisos —zigzagues, retículas bruñidas—, al admitir lo mismo una procedencia del Soto I (Palol, 1963) que de los Campos de Urnas sorianos (Romero Carnicero, 1991, aunque los dos queden agrupados en el tipo Meseta (Almagro Gorbea, 1977), si bien la derivación de las asturianas es previsiblemente distante. La existencia de cerámicas pintadas en rojo o provistas de líneas bruñidas en el nivel prerromano de la Campa (Maya y Cuesta, 1992) abunda en su vinculación con la segunda fase de Moriyón, pudiendo contribuir dichos temas a deslindar mejor en esta etapa lo genuinamente transmontano.

En la publicación anterior se hacía mención al parecido que algunas formas cerámicas tenían con las propias de El Soto de Medinilla, cuestión que enriquecida en la Campa con acabados bruñidos ha incitado a plantear la inclusión de ese yacimiento en dicha cultura, hasta ahora estrictamente meseteña (Maya, 1989). En lo concerniente a los ejemplos de Villaviciosa tuve la oportunidad de recabar la opinión de los investigadores G. Delibes y F. Romero, especialistas en esa cultura, quienes hicieron ver las notorias diferencias de manufactura que separan a las elaboraciones de una y otra zona. Así pues, o se marca una frontera cultural para la Edad del Hierro entre Gijón y Villaviciosa, bastante poco factible ante las coincidencias contenidas en los párrafos anteriores y la proximidad geográfica de ambas localidades, o esa afinidad con el Soto es puramente circunstancial.

Si bien lo relatado sobre la coordinación cultural de la Edad del Hierro de esta comarca de Asturias no es más que un esbozo del profundo estudio que se requiere, parece que su demarcación pudiera condensarse en los siguientes puntos:

1.—A partir de un substrato local del Bronce Final imbuido del gusto atlántico, se construyen los primeros castros conocidos y aparecen algunos productos de hierro, premisas que, en unión a las consiguientes repercusiones sociales implícitas, desvelan el comienzo de la Edad del Hierro.

2.—El florecimiento de la Edad del Hierro es claro y homogéneo en varios yacimientos en los que se percibe una notable deuda con la cultura de Miraveche-Monte Berno-

rio; pero también se vislumbran, quizá en una etapa ligeramente más avanzada, relaciones con los productos metalúrgicos celtibéricos. Otros influjos debidos a Cogotas II, al Soto y al Noroeste se muestran de un modo más vago.

3.—Si los préstamos son obvios en la inspiración global, el examen comparativo detenido pone de manifiesto la naturaleza presumiblemente autóctona de los productos en concordancia con el régimen localista y autosuficiente de los núcleos de población. En suma, las similitudes culturales marcan un patrón de estilo, propio de ese periodo, que parece extenderse con mayor o menor cohesión por la cordillera Cantábrica, resolviéndose más unitario cuando se compara con las vecinas culturas celtibérica y del Noroeste durante el Hierro Reciente.

Cronología

La determinación cronológica de la Edad del Hierro sigue encontrando escollos insalvables en grandes zonas de la mitad septentrional de la Península. La escasez de materiales foráneos de referencia o de los provistos de datación conocida, la relatividad o desconfianza del C_{14} y la compartimentación en facies culturales regionales provocan periodizaciones aún bastante genéricas, cuando no abiertamente discrepantes. La imposibilidad de efectuar en estas páginas un estudio cronológico minucioso, obliga a trazar tan sólo un apunte sintético del marco temporal en que cabe ubicar los poblados. Aunque se dispone ya de un buen número de fechas C_{14} para el castro de Moriyón, la mejor pauta es la que impone la estratigrafía relativa que puede hilvanarse entre ellos y, de manera especial, entre los de Camoca y Moriyón.

Varios yacimientos excavados de cultura comparable —como Monte Bernorio, Celada Marlantes e, incluso, La Corona de Corporales— y el espectro de varios materiales propios de la Meseta corroboran que la algidez indicada por la segunda fase de Moriyón se centra en los siglos II y I a. C., pudiendo iniciarse en la segunda mitad del III. *Grosso modo*, esa cronología es extrapolable a buena parte de lo que se conoce de Caravia y la Campa.

Los niveles que se vinculan a la primera fase aunan producciones registradas en Caravia y Camoca, lo que puede interpretarse desde dos puntos de vista distintos. Por una parte, que se trate de una fase de transición receptora de materiales viejos —Camoca— y novedosos —Caravia—, o, por otra, que esos niveles sean el resultado de la movilización, inmediatamente antes de la construcción de la muralla, de sedimentos con niveles de ocupación anteriores. Esta segunda opción, debido a la dispersión de los vestigios, parece plausible en la unidad estratigráfica que al-

berga las cerámicas equiparables a las de Caravia. Presuponiendo un *continuum* ocupacional exento de hiatos, por lo demás forzados a tenor de la familiaridad de la cultura y de la propia lógica del poblamiento, puede centrarse esa fase en el segmento alto del siglo III a. C., adentrándose en el IV. Parte de esa datación es válida, por consiguiente, para el episodio más antiguo de Caravia y, quizá, para la Campa.

El Hierro Inicial está uniformemente definido en Camoca, aunque restan por documentar niveles bajo la muralla, y sólo se equipara a algunas producciones de la primera fase de Moriyón, pudiendo asignarse fechas del siglo IV o, acaso, V a. C. Con ellos ha de paralelizarse lo poco conocido de La Corolla.

En definitiva, se afianza la ubicación en los siglos previos al cambio de era del Hierro Reciente, en tanto el Inicial presenta una tendencia susceptible de envejecimiento que apunta hacia el ecuador del primer milenio.

El despoblamiento del castro de Camoca y la progresión acto seguido en la misma comarca del de Moriyón delatan el reemplazamiento de un centro de poder, cuyo móvil no parece agrario —las mejores tierras agrícolas se localizan a lo largo del valle en el que se encuentra el primero— ni comercial —puesto que la mayor proximidad al mar del segundo no tiene refrendo con la presencia de productos importados relevantes—, sino tal vez minero, por estar próximo a filones férricos (Adaro y Junquera, 1916), coincidiendo, así, con el de Caravia respecto a las mineralizaciones del Sueve (Llano, 1919) e, incluso, con la pretendida dependencia de la cultura celtibérica del

hierro del Moncayo (Maluquer, 1960). La práctica de fundición del hierro en Caravia (Llano, 1919) y Moriyón (información de Salvador Rovira, a quien agradecemos el estudio metalográfico que está realizando de los restos de Moriyón y Camoca) parecen respaldar dicha verosimilitud.

De la misma manera, y aún a riesgo de caer en el eventualismo bélico tradicional, resulta difícil substraerse a la idea de que el ocaso de los castros de Caravia y Moriyón no tenga que ver con las guerras cántabras y la posterior presencia romana, circunstancia presumiblemente aplicable a Celada Marlantes y La Corona de Corporales. No obstante, si tal fue el acontecer, el decaimiento hubo de ser lento como parecen confirmar las distintas pruebas que se han atribuido a la tercera fase de Moriyón. Es más, cabe preguntarse si los escasos materiales romanos de la segunda mitad del siglo I d. C. no estarán señalando el techo de ese proceso, habiendo persistido un Hierro tardío durante buena parte de ese siglo. La forma en que se imbrica lo romano y lo indígena y la radical transformación urbanística en la Campa Torres pueden arrojar luz sobre ese ignoto episodio.

Post scriptum. En reciente correspondencia, el Dr. Fernán Alonso propone la agrupación de la lista de fechas calibradas de El Picu Castiellu de Moriyón en las tres fases siguientes:

Inicial, cal BC 390 - 200

Final, cal BC 60 - cal AD 10

Reocupación, cal AD 120 - 250

Cuadro 1

Muestra	Material	Procedencia	Fase	Fecha C ₁₄	Laboratorio	Calibración	Curva
PCM-51	Carbón vegetal	Bajo muralla	1. ^a	1900 ± 60 BP	CSIC-849	1 - 250 AD	Stuiver and Pearson
PCM-917	Carbón vegetal	Bajo muralla	1. ^a	2320 ± 45 BP	CSIC-875	410 - 240 BC	Stuiver and Pearson
PCM-912	Carbón vegetal	Muralla	2. ^a	2200 ± 50 BP	CSIC-874	390 - 100 BC	Stuiver and Pearson
PCM-919	Carbón vegetal	Vigas const. 2	2. ^a	2100 ± 60 BP	CSIC-876	210 BC - 30 AD	Stuiver and Pearson
PCM-2.418	Cereal	Construcción 3a	2. ^a	2010 ± 25 BP	CSIC-1.025	50 BC - 70 AD	Stuiver and Pearson
PCM-2.417	Cereal	Construcción 5	2. ^a	1820 ± 25 BP	CSIC-1.004	130 - 250 AD	Stuiver and Pearson
PCM-909	Carbón vegetal	Derrumbe muralla	2. ^a	2280 ± 50 BP	CSIC-873	400 - 190 BC	Stuiver and Pearson
PCM-2.416	Leguminosa	Construcción 3b	3. ^a	2060 ± 25 BP	CSIC-1.024	120 BC - 10 AD	Stuiver and Pearson
EC-501,2,3,4	Carbón vegetal	Dispersa	Ultima	2190 ± 50 BP	CSIC-850	Pendiente	—

Relación de fechas C₁₄ obtenidas gracias a la gentileza del Dr. Fernán Alonso (CSIC).

La última pertenece al Castillo de Camoca, en tanto las demás al Picu Castiellu de Moriyón

	HIERRO INICIAL		HIERRO RECIENTE		a.C.	d.C.	
					ROMANIZACIÓN		
CASTROS	SIGLOS	V	IV	III	II	I	II
CAMOCA	---	-----	---				
LA COROLLA	---	-----	---				
MORIYÓN		---	-----			-----	---
CARAVÍA			-----			-----	---
CAMPA TORRES			---	-----			

Diagrama que sintetiza la cronología previsible de los castros de la Edad del Hierro que se conocen en Asturias.

BIBLIOGRAFIA

ABASOLO, J. A. y RUIZ, I. (1979): "El conjunto arqueológico de Ubierna". Contribución al estudio de la Edad del Hierro en la Meseta norte. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLV. Págs. 168-188.

ADARO, L. de y JUNQUERA, G. (1916): *Criaderos de hierro de Asturias*.

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): "El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura". *BPH*, XIV.

ALVAREZ NUÑEZ, A. (1986): *Castro de Penalba. Campaña 1983*. Arqueología/Memorias, 4.

ARIAS CABAL, P. (1991): *De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*. Universidad de Cantabria.

BLAS CORTINA, M. A. (1983): *La Prehistoria Reciente en Asturias*. Estudios de Arqueología Asturiana, 1.

CAMINO MAYOR, J. (1992): "Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: un poblamiento de la Edad del Hierro". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 2. Págs. 137-144.

CARROCERA FERNANDEZ, E. (1994): "Estudio crítico de la cultura castreña asturiana". *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 34 (3-4). Págs. 213-227.

COFFYN, A.; GOMEZ, J. y MOHEN, J. P. (1981): *L'Apogée du Bronze Atlantique. Le dépôt de Venat*.

ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*.

FERNANDEZ MENENDEZ, J. (1923): "De la prehistoria de Asturias. La cueva de "El Bufón" en Vidiago". *Ibérica*. Págs. 361-364.

GARCIA GUINEA, M. A. y RINCON, R. (1970): *El asentamiento cántabro de Celada Marlanges (Santander)*.

JORDA CERDA, F. (1977): "La cultura de los Castros y la tardía Romanización de Asturias". *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo*. Págs. 29-40.

LLANO, A. de (1919): *El libro de Caravia*.

LLANOS, A. y otros (1975): "El castro del Castillo de Henayo (Alegría, Alava). Memoria de excavaciones. Campañas de 1969-1970". *Estudios de Arqueología Alavesa*, 8.

MALUQUER DE MOTES, J. (1960): "Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta". *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Págs. 125-149.

MARTIN VALLS, R. (1987): "La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización". *Zephyrus* XXXIX-XL. Págs. 59-86.

MARTINEZ SANTA-OLALLA, J. (1930): "Cerámica incisa y cerámica de la cultura del campaniforme en Castilla la Vieja y Asturias". *Anuario de Prehistoria Madrileña*, I. Págs. 99-129.

MAYA GONZALEZ, J. L. (1986): "Tres campañas de excavaciones en la Campa Torres". *Gijón Romano*. Págs. 47-62.

MAYA GONZALEZ, J. L. (1989): *Los castros en Asturias*. Biblioteca Histórica Asturiana, 21.

MAYA, J. L. y CUESTA, F. (1992): "El castro de la Campa Torres". *Los orígenes de Gijón*. Págs. 37-52.

MAYA, J. L. y CUESTA, F. (1995): "El castro astur de la Campa Torres". *Astures*. Págs. 201-211.

MONTEVERDE, L. (1969): "La colección Monteverde, de Burgos". *Noticiario Arqueológico Hispano*, X-XI-XII. Págs. 225-234.

OSABA, R. (1974): *Museo Arqueológico de Burgos*.

PALOL, P. de (1963): "Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja: los silos del barrio de San Pedro Regalado, de Valladolid". *Homenaje al Prof. Pedro Bosch Gimpera*. Págs. 135-150.

PEÑA SANTOS, A. de la (1993): "Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las memorias de las campañas 1984-1990". *Arqueología/Memorias*, 11.

RADDATZ, K. (1969): "Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel". *Madrid Forschungen*, 5.

ROMERO CARNICERO, F. (1991): *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. Studia Archaeologica, 80.

SAENZ DE URTURI, F. (1987): "Alfileres de cabeza trapezoidal y hebillas anulares en omega de "Los Castros de Lastra" (Caranca, Alava)". *Zephyrus*, XXXIX-XL. Págs. 289-296.

SANCHEZ-PALENCIA, F. J. y FERNANDEZ-POSSE, M.ª D. (1985): *La Corona y el Castro de Corporales I. Truchas (León)*. Campañas de 1977 a 1981. Excavaciones Arqueológicas en España, 141.

UGARTECHEA, J. M. y otros (1966): "El castro de Peñas de Oro (Valle de Zuya, Alava). I, II y III campañas de excavaciones. 1964-1965-1966". *Boletín Sancho el Sabio*, IX.